

Terremoto

Por Igor Barreto

“Terremoto” es un soneto escrito en París en 1912, quizás en el delirio de una grave crisis de salud. Como sabemos, al delirio se le llega ahondando en el tiempo presente. Y la pesadumbre de *la vida consciente* impulsa los pensamientos de Darío hacia Nicaragua. Este poema forma parte de un tríptico junto con otros dos textos: “Los Bufones” y “Eros”. Atrás, podríamos decir, ha quedado lo más denso de su obra y de su vida. La muerte, que es el regreso al Cosmos (al orden, al número 1, a la unidad) acerca su fecha de cumplimiento: 1916. Así que me parece, supongo, que “Terremoto” es un poema escrito desde la perspectiva de lo “entrevisto”; el poeta aparta los pliegues del artificio que le ocuparon con gran exceso y entrevé imágenes de apariencia más concreta. Siempre son “imágenes” pero estas tienen la cualidad de lo reconocible y lo compartido. Veo en todo poema un hecho artificial que simula lo orgánico. El Modernismo aborda esta posible definición colocando un definitivo acento en lo artificial. Algunas de sus construcciones tienen la cualidad de lo distanciado y lo decorativo, como si estas fueran creadas para ser exhibidas en la vitrina de un pasaje parisino: sus princesas y cisnes de cuello interrogador, la cursilería amorosa tan mediática, o esas menciones clásicas de solera parnasiana. Ahora bien, luego de ocurrido el despliegue de toda esta utilería modernista se presenta este poema provocando un *terremoto*, y el sismo abre una grieta que nos permite ver una estampa donde el hombre y la naturaleza americana comparten en igualdad de condiciones un mismo espacio “aterrorizante”. Al usar este calificativo pienso en Joseph Brodsky (*Del dolor y la razón*, 1994) quien hablando de Robert Frost caracteriza el encuentro con la naturaleza americana, como el choque entre “*dos poderes primarios, sin referencias*”. Y es esto lo que aquí ocurre; el poema pone en escena este encuentro, dicho enfrentamiento. Debería hablar también de la armoniosa orquestación de los versos de variada y atrevida métrica. Se alternan versos de 16 sílabas con alejandrinos y endecasílabos insinuando en sus transiciones rítmicas la libertad del poema de verso libre y del poema en prosa. En el primer verso del poema: “*Madrugada. En el silencio reposa la gran villa*”, tiene ese punto y seguido (después de *Madrugada.*) que marca de forma definitiva un primer hemistiquio. Es una mención de carácter temporal que plantea el desarrollo del texto dentro de una estrategia de suspenso, de espera dramatizada ante la inminencia de un fenómeno natural que va a ocurrir. Dicho punto provoca una detención brusca que insinúa el carácter

poderoso de la naturaleza. Este verso lapidario abre un período temporal que el poema desarrollará describiendo el advenimiento de un evento trágico y la gestualidad humana que lo refleja. Al final, luego de ocurrido el sismo, nos encontraremos con el primer verso del último terceto: *“La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento”*. Son palabras de una sobriedad definitiva, sin duda se trata de un verso más poderoso que el primero, simplificando de manera notable la supremacía de la naturaleza que ha demostrado con el terremoto su innegable poder. La naturaleza es el “otro” con el que dialogamos en América; nos recuerda nuestra condición animal y nos reduce como afirma el zoólogo Adolf Portmann a una “mera apariencia como fin en sí mismo”. En el verso final del poema “Terremoto” hay una imagen categórica de esta apariencia que nos exige aceptar la tragedia como parte de nuestra normalidad, y Darío simplemente se queja *“ante la impasibilidad del firmamento”*.

“Terremoto”

Madrugada. En el silencio reposa la gran villa
donde de niño supe de cuentos y consejas,
o asistí a serenatas de amor junto a las rejas
de alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,
y su oriente disputan suaves luces bermejas;
de pronto, un terremoto mueve las casas viejas
y la gente en los patios y calles se arrodilla,

medio desnuda, y clama: “¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!
¡Santo inmortal!”. La tierra tiembla a cada momento.
¡Algo de apocalíptico mano invisible vierte!...

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento.
Y se diría que ha pasado la muerte
ante la impasibilidad del firmamento.

Coda

Rubén Darío fue una personalidad carismática que generó un ansia de duplicación en otros poetas tal vez menos señalados, o en personas comunes que veían en él un modelo fulgurante. Cabalgó como una estrella de cine o de rock sobre un instinto colectivo: el deseo de que el

mundo nos perteneciera, apropiándonos de su gestualidad cultural, de sus formas. En los desiertos del sur de Venezuela existió un poeta llamado Juan Vicente Torres del Valle (“*Vienen del sur los recuerdos*”. J. L. Borges) que era también joyero, y el año de la muerte de Rubén Darío publicó su único libro: *Oro y Nácar*. Ese año de 1916 también murió su esposa, Eloisa Torres, cantante de una compañía de opereta que fue de visita a San Fernando y allí conoció a Juan Vicente y se quedó a vivir con él, en la trastienda de su taller de orfebre. San Fernando es una ciudad de puerto a orillas del río Apure; y en ese entonces era un centro de acopio y de exportación de plumas de garzas para los sombreros de las damas de Londres y de París. En su puerto, frente a un edificio de comercio de arquitectura veneciana, atracaban barcos de chapaletas (El San Cristóbal, El Nuevo Fénix) que trajeron la encomienda de los libros de Rubén Darío para la librería Española, que estaba enfrente de una barbería y una plaza. Al amparo de esos libros y de las estampas cifradas de otros mundos impresas en cada poema, escribió Juan Vicente Torres del Valle su modesta obra. Entre los jacintos de agua sólo vio sílfides y ondinas. Imaginó una vida de corte, cuando las calles al caer la noche eran tomadas por el ganado que dormía entre bufidos o sacudiendo la cola para espantar la densa nube de zancudos. Imitó a Darío hasta que murió Eloisa. Y el *terremoto* de aquella muerte abrió una hendidura por donde Juan Vicente se asomó para escribir con ánimo despojado un último poema:

“Mediodía”

Está callado y sombrío
el bosque, como un desierto.
Las moscas, con vuelo incierto
producen sueño y hastío.

Bajo el inmenso vacío
de blancas nubes cubierto,
va un caimán flotando muerto
sobre las ondas del río.

Tristemente navegando
un zamuro miserable
va sobre el despojo inerte:

como si fuera estudiando
el misterio impenetrable
de la Vida y de la Muerte.

Igor Barreto (Venezuela). Nació en Venezuela, en 1952, y residió varios años en Rumania; a su regreso se incorporó al taller Calicanto. Luego cofundó, tras su ruptura, el conocido Grupo Tráfico. Realizó estudios de cine y dramaturgia, y ha escrito libros como *Tiempo de ausencia* (1971), *Y si el amor no llega?* (1983), *Soy el muchacho más hermoso de esta ciudad* (1987, Premio Municipal de Literatura), *Crónicas llanas* (1989) y *Tierra negra* (1994, Premio Universidad Central de Venezuela), entre otros. Es profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela, y ha representado al país en diferentes encuentros internacionales en Rumania, España, Estados Unidos, Colombia, Cuba y Argentina. Sus poemas son incluidos en las antologías de poesía venezolana contemporánea y algunos de ellos traducidos al inglés y al francés.